

## MENTIRA Y VIDA. O DE CÓMO HACER MÁS LLEVADERA LA EXISTENCIA

Alberto Ferrer García  
Universidad de Valencia

*Resumen. La gestión de la existencia pasa por el empleo del mentir como herramienta clave en el uso cotidiano. La “utilidad” que de ello extrae el hombre es de una enorme variedad. Ha sido largo el tiempo en que la mentira ha quedado reducida a un mero problema moral, pero la verdadera cuestión por el mentir estriba en su estatus ontológico. Mentir –más concretamente: mentirse– es un modo de gestionar la peculiar existencia que nos ha sido dada.*

*Palabras. Realidad, existencia, vida, verdad, autoengaño.*

*Abstract. Managing beingness entails the use of lying as a key tool in everyday life. The “usefulness” that the man obtains from it is enormously varied. It has been a long time when lying was limited to a simply moral problem, but the true question about lying lies in its ontological status. Lying –more specifically, lying to oneself– is a way of managing the peculiar existence that we have been gifted with.*

*Keywords. Reality, existence, life, truth, self-deception.*

### 1. ADVERTENCIAS PRELIMINARES

En lo que sigue he tenido presente en todo momento el comentario que hacía Oscar Wilde respecto a uno de sus personajes: “Como todos los que intentan agotar un tema, agotaba él a sus oyentes”<sup>1</sup>; por lo que reducida mi pretensión de exhaustividad he creído conveniente no desarrollar en exceso el tema planteado sino más bien centrarme sintéticamente en las partes esenciales del mismo. Siguiendo la pretensión de contener la exhaustividad prescindiré de cualquier tipo de *Introducción* o *Prólogo*, reduciendo todo ello a un par de *advertencias*:

<sup>1</sup> Oscar WILDE, “El retrato de Dorian Gray”, en *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1972, p. 115.

*Primera.* Lo que sigue no está concluso ni pretende conclusión alguna. El autor lo ofrece como directrices para el *pensar*. Tal ensayo surge del hallazgo, en una carpeta polvorienta, de una serie de notas y referencias, a propósito del tema que da título al escrito, que habían permanecido aparcadas y ahora pretendían resurgir bajo una *forma* a la que se niegan: me es inevitable la apertura de nuevos y múltiples frentes cada vez que repaso o releo los textos y obras que a continuación se presentan. El tema queda pues, como la vida –que es también parte de él–, abierto a *novedades, originalidades, espontaneidades* que posiblemente reconduzcan el asunto hasta parajes que por el momento ni tan si quiera somos capaces de vislumbrar.

*Segunda.* Los problemas de la metafísica se *confunden*<sup>2</sup> con los problemas propios, específicos, de la *filosofía*. En este ensayo tomaremos explícitamente uno de estos problemas, a saber, el de la *mentira* como problema fundamental de la metafísica –de manera indirecta, pero palpable queda la *verdad* como telón de fondo y premisa sin la cual no se puede comenzar a trabajar en el mencionado asunto. La pregunta inmediata es ¿por qué éste y no uno de los problemas más *clásicos* –vgr. la propia “verdad” *en sí*? El problema de la mentira se nos presenta con una relevancia superior en tanto que nos incumbe directamente; pocas cuestiones nos afectan de modo más directo y con mayor frecuencia que la problemática de la mentira<sup>3</sup>. De ahí la notable atención dedicada hacia esta, “no, por cierto, desde el punto de vista moral<sup>4</sup>, [...] sino desde el belvedere del ser en cuanto tal”<sup>5</sup>.

## 2. MENTIRA Y VIDA

*Nada tan difícil como no engañarse*  
L. WITTGENSTEIN, *Vermischte Bemerkungen*<sup>6</sup>

Han sido múltiples las definiciones que han tratado de sosegar el anhelo por hallar la caracterización más profunda de nuestro ser “*hombre*” –entre las que destaca, por clásica, aquella de “animal racional”; desconociendo –o, cuanto menos, postergando– una categoría sustancial del hombre, *vivida* como su realidad radical –por ser pareja a su propia existencia–, que nos permitirá referirnos a éste como el ζῷον *seipsiengañador*. No nos atoraremos en proclamar con el salmista: *omnis homo mendax*<sup>7</sup>; añadiremos: es más, todos se

<sup>2</sup> En el sentido noble del término *confundere*: *fundir con*.

<sup>3</sup> Día a día, la experimentamos en nuestras vidas; una vida que será coprotagonista de lo que sigue.

<sup>4</sup> Como suele ser costumbre.

<sup>5</sup> Juan David GARCÍA BACCA, “La mala fe y la mentira, según J. P. Sartre”, *Revista Nacional de Cultura* 63 (1947), p. 97.

<sup>6</sup> “*Nichts ist so schwer, als sich nicht betrügen*”; Ludwig WITTGENSTEIN, *Vermischte Bemerkungen*, Frankfurt, Suhrkamp, 1977, p. 71.

<sup>7</sup> Ps. 115, 2. \* Empleo la numeración de la Vulgata Clementina.

mienten. Somos los únicos seres que *nos* engañamos; que *nos* hacemos ilusiones. No hay quien crea con mayor fuerza nuestras mentiras que nosotros mismos. Eso sí, todo ello, con la consecuente imposición de la más profunda de las ignorancias. Sin *poner* ignorancia de por medio no *me* engaño, si no me engaño no logro *vivir*. Vivir es pues *ignorar* “la vida”.

Y a la postre ese hombre cándido e infantil se encuentra rodeado de engaños, viviendo bajo el mismo techo que una cualquiera, sin saber que lo que él llama su hogar está edificado sobre una mentira<sup>8</sup>.

Reside(*imos*) en la mentira; la convierte en lo más propio de sí, *su hogar*. Es para él compartir íntimo y cotidiano. Mentir *día a día*, cuasi por costumbre; por *necesidad*. Una *mentira vital* la cual *es algo así como un principio estimulante*<sup>9</sup>. Una necesidad para poder seguir viviendo; un estímulo para la acción vital cual pócima que *sana* las insuficiencias de la vida. Una vida que se nos hace realmente difícil vivirla. Una vida hartamente espinosa que roza el límite de lo *insoportable*. Para ello precisamente se generan las ficciones y surgen las mentiras: para poder hacer *el yugo más llevadero y la carga ligera*<sup>10</sup>.

Tal como nos ha sido impuesta, la vida nos resulta demasiado pesada, nos depara excesivos sufrimientos, decepciones, empresas imposibles. Para soportarla, no podemos pasarnos sin lenitivos (“No se puede prescindir de las muletas”, nos ha dicho Theodor Fontane)<sup>11</sup>.

La apreciación de Sigmund Freud nos resulta de sumo interés: No es que la vida –en sí y por sí (que también)– sea insoportable, es que –además– *nos la han hecho* insoportable; *tal como nos ha sido impuesta* nos resulta difícilmente llevadera. Las cosas son tal cual son –*así es la vida*–, mas pudieran ser de otra manera. El caso es que la *vigente estructuración* de nuestra cultura y sociedad nos hace encontrar poco de gratificante en nuestras vidas. Desde nuestra llegada al mundo se nos dota con una pesada carga la cual deberemos saber gestionar; nos topamos con un costoso fardo repleto de pesares a los cuales nos vemos obligados –si queremos seguir viviendo– a dotar de una forma pasadera, digerible y aceptable. Tratamos de hacer *vivable* la propia vida; aún a sabiendas que nacemos arrojados, por necesidad, por pura *naturaleza*, al sufrimiento.

El dolor es la sustancia de la vida y la raíz de la personalidad, pues sólo sufriendo se es persona. Y es universal, y lo que a los seres todos nos une es el dolor, la sangre universal o divina que por todos circula<sup>12</sup>.

<sup>8</sup> Henrik J. IBSEN, *Vildanden*, Act. 1. Trad. de Mario Parajón, Madrid, Cátedra, 1999, p. 117.

<sup>9</sup> *Ibid.*, Act. 5.

<sup>10</sup> Mt. 11, 30. En la mencionada cita Jesús se ofrece cual soporte para descanso de los trabajos y cargas que el hombre por sí solo no puede soportar. El papel que desempeñan las creencias religiosas cual lenitivos o muletas para *llevar* la existencia daría lugar a otro ensayo.

<sup>11</sup> Sigmund FREUD, *Das Unbehagen in der Kultur*, II. Trad. de Luis López-Ballesteros y de Torres, en *Obras Completas*, vol. VIII, Madrid, Biblioteca Nueva, 1974, p. 3024.

<sup>12</sup> Miguel de UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid, Espasa-Calpe, 1971, p. 155.

Tratar de tornar soportable la *insoportabilidad* de la vida es ir *contra natura*. Ser conscientes de la vida es conciencia agónica. Una vida la cual nadie nos preguntó si queríamos vivir, una vida con la cual tenemos que enfrentarnos. Una vez en ella no que-remos marcharnos jamás, mas ésta, tarde o temprano, acabará con nosotros –vinimos a ser, para, poco después, dejar de ser–. “Cada cosa se esfuerza, cuanto está a su alcance, por perseverar en su ser”<sup>13</sup>. Cada hombre, desde que nace, desea seguir siendo *eternamente hombre*. Nadie quiere morirse. Nuestro ser se halla en perpetua hambre de inmortalidad. No que-remos morirnos nunca, y este anhelo nuestro de nunca morirnos es nuestra esencia natural. “El esfuerzo con que cada cosa intenta perseverar en su ser no implica tiempo alguno finito, sino indefinido”<sup>14</sup>. Se trata de un “principio de continuidad en el tiempo”<sup>15</sup> similar a la primera *lex motus* newtoniana<sup>16</sup>; “una ley de inercia anímica, de inercia entitativa, en virtud de la cual todo ser, por el hecho de ser, y dejado a sí mismo, tiende a permanecer indefinidamente, a conservarse”<sup>17</sup>. El *muero porque no muero* de Santa Teresa no es sino deseo de vida real, de perseverar en la vida eterna; de gozar *sin fin* de la vida en plenitud. Jamás desearíamos –es más, no podemos ni imaginarlo– presenciar el día en que se agote nuestra existencia, el momento en que, tras toda una vida, dejemos sencillamente de ser.

No quiero morirme, no, no quiero ni quiero quererlo; quiero vivir siempre, siempre, siempre, y vivir yo este pobre yo que me soy y me siento ser ahora y aquí, y por esto me tortura el problema de la duración de mi alma, de la mía propia<sup>18</sup>.

Ahora comprendemos con claridad la conciencia agónica que genera *sentir realmente la vida*. Una agonía que nos lleva a conformarnos necesariamente “una vida paralela donde refugiarnos contra la adversidad, que vuelve natural lo extraordinario y extraordinario lo natural, disipa el caos, embellece lo feo, eterniza el instante y torna la muerte un espectáculo pasajero”<sup>19</sup>.

<sup>13</sup> “*Conatus quo unaquaque res in suo esse perseverare conatur, nullum tempus finitum, sed indefinitum involvit*”; Baruch de SPINOZA, *Ethic.*, p. III, prop. 6.

<sup>14</sup> “*Conatus quo unaquaque res in suo esse perseverare conatur, nullum tempus finitum, sed indefinitum involvit*”; *Ibid.*, p. III, prop. 8.

<sup>15</sup> Miguel de UNAMUNO, *op. cit.*, p. 14.

<sup>16</sup> Cfr. Isaac NEWTON, *Philosophiæ Naturalis Principia Mathematica*. Lex I: “*Corpus omne perseverare in statu suo quiescendi vel movendi uniformiter in directum, nisi quatenus a viribus impressis cogitur statum illum mutare*” / “*Todo cuerpo persevera en su estado de reposo o movimiento uniforme y rectilíneo, a no ser que fuerzas impresas lo obliguen a cambiar tal estado*”.

<sup>17</sup> Juan David GARCÍA BACCA, *Nueve grandes filósofos contemporáneos y sus temas*, Barcelona, Anthropos, 1990, p. 101.

<sup>18</sup> Miguel de UNAMUNO, *op. cit.*, p. 41.

<sup>19</sup> Mario VARGAS LLOSA, “Elogio de la lectura y la ficción”, Discurso Nobel, 7 de diciembre de 2010.

El intelecto, como medio de conservación del individuo, desarrolla sus fuerzas principales fingiendo, puesto que éste es el medio merced al cual sobreviven los individuos débiles y poco robustos, como aquellos a quienes les ha sido negado servirse, en la lucha por la existencia, de cuernos, o de la afilada dentadura del animal de rapiña. En los hombres alcanza su punto culminante este arte de fingir; aquí el engaño [...] la escenificación ante los demás y ante uno mismo [...] es hasta tal punto regla y ley, que apenas hay nada tan inconcebible como el hecho de que haya podido surgir entre los hombres una inclinación sincera y pura hacia la verdad. Se encuentran profundamente sumergidos en ilusiones y ensueños<sup>20</sup>.

Nuestra angustia nos lleva a generar categorías inexistentes. Necesitamos conocer *–inventar–* la existencia del bien y del mal, para sentirnos seguros en el bando de los buenos; y así con otras tantas *categorías*. Necesitamos de las ficciones, de esa *vida paralela*. *Las verdades ofenden*, nos muestran la realidad *tal cual es* y ello nos resulta insopor-table. El hombre está hostilmente predispuerto contra “las verdades susceptibles de efectos perjudiciales o destructivos”<sup>21</sup>, prefiere que le engañen, *engañarse*; prefiere *idealizar* su vida.

El hombre mismo tiene una invencible inclinación a dejarse engañar y está como hechizado por la felicidad cuando el rapsoda le narra cuentos épicos como si fueran verdades [...]. El intelecto, ese maestro del fingir, se encuentra libre y relevado de su esclavitud habitual tanto tiempo como puede engañar sin *causar daño*<sup>22</sup>.

Nietzsche, concluye la obra que ahora nos viene ocupando, distinguiendo entre dos tipos de hombre: el *intuitivo* y el *racional*. El *hombre racional* es el hombre del rebaño, aquel que no logra desprenderse de sus ilusorias creencias y asumir el dolor de la vida. El incapaz de soportar la vida fuera de los *límites de la moral*<sup>23</sup>. En cambio el *hombre intuitivo* se lanza a la vida, firme en sus valores, mas consciente de la relatividad de los mismos; y, por ello, con apertura al cambio. Es el brote primero del hombre libre, del *superhombre*. Es aquel que pondrá fin a la mentira, a toda invención, para alcanzar la libertad sin conciencia. Para vivir la verdadera vida. En el fondo, todo puede resumirse en la que lleva camino de convertirse en clásica sentencia: “Se ha dividido de muchas maneras a la humanidad: en buenos-malos, feos-bellos, circuncisos-incircuncisos, católicos-protestantes, fieles-infieles... Pero, para mí, y ésta es la cuestión, se divide en dos: los que no pueden aguantarse la ignorancia

<sup>20</sup> Friedrich NIETZSCHE, *Über Wahrheit und Lüge im aussermoralischen Sinne*, 1. Trad. de Luis M. Valdés. Madrid, Tecnos, 2008, pp. 18-19.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>22</sup> *Ibid.*, 2, p. 35.

<sup>23</sup> El *mentirnos* está exento de todo análisis axiológico o moral; *mentirnos* es un problema ontológico, es una cuestión metafísica.

y quienes pueden aguantarla. Los primeros tienen que rellenarla con mitos, dogmas, teologías, ritos”<sup>24</sup>.

Recapitemos lo esbozado hasta el momento: El hombre se encuentra arrojado en una realidad, en una vida, que no parece satisfacerle, y por naturaleza, trata de *transformar* esa vida; *ser distinto de lo que se es ha sido la aspiración humana por excelencia*<sup>25</sup>. Las ficciones surgen para tratar de colmar ese apetito natural de inconformidad, para tratar de poner orden en el caos de la vida. “La ficción –*sucedáneo transitorio de la vida*– nos completa, a nosotros, seres mutilados a quienes ha sido impuesta la atroz dicotomía de tener una sola vida y los deseos y fantasías de desear mil”<sup>26</sup>, empobreciendo ello nuestra existencia aún cuando todas nuestras necesidades básicas se hallen satisfechas. “La vida real, la vida verdadera, nunca ha sido ni será bastante para colmar los deseos humanos”<sup>27</sup>, por ello necesitamos también de las mentiras, de las ilusiones, de la literatura, para compensar así la trágica condición humana: aquella que anhela mucho más de lo que jamás podrá conseguir.

Y así es, nos pasamos la vida *haciéndonos ilusiones* –modo *delicado* de decir: nos pasamos la vida engañándonos; puesto que como bien nos señala José Gaos “el hacerse ilusiones es una manera de engañarse a sí mismo”<sup>28</sup>. Ilusiones que juegan en nuestras vidas un papel clave y fundamental, ilusiones que nos acompañarán a lo largo de toda nuestra existencia.

El hombre es [...] un ser singularísimo entre todos los seres: su ser es su vida, y ésta consiste muy esencialmente en pasar de la edad del hacerse ilusiones, o en que no se tiene el sentido de la realidad, a la edad del sentido de la realidad, a la madurez con sus ideales<sup>29</sup>.

Así pues, el salto a la madurez, estará determinado según Gaos por nuestra comprensión de las ilusiones; por el uso vital que hagamos de estas, o, si se prefiere, por el salto del *hacerse ilusiones* al *tener ilusiones*. El *hacerse ilusiones* es propio de la juventud; se trata de imaginar la *realidad* con mayor perfección de la que posee –de *engañarse*–, no deseándola de otro modo tal que así: se *idealiza* lo real, las cosas, las personas. Mas el engaño, la *idealización*, suele devenir decepción<sup>30</sup>; aquello que llaman *desilusionarse*: percibir la realidad *tal cual es*, sin *edulcorantes artificiales*. Pero no creamos –advierte Gaos– que la generación de ilusiones es siempre negativo; en la juventud, estas, juegan un papel

<sup>24</sup> Juan David GARCÍA BACCA, *Confesiones; Autobiografía íntima y exterior*, Barcelona, Anthropos, 2000, p. 102.

<sup>25</sup> Mario VARGAS LLOSA, “La verdad de las mentiras”, en *La verdad de las mentiras. Ensayos sobre literatura*, Barcelona, Seix Barral, 1990, p. 11.

<sup>26</sup> *Ibid.*, loc. cit.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 19.

<sup>28</sup> José GAOS, “La filosofía en la Universidad”, en *Obras Completas* (tomo XVI), México, UNAM, 2000, p. 289.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 291.

<sup>30</sup> Aquello de que tan alto pretendimos llegar que *más dura será la caída*.

fundamental, son *una necesidad vital*, puesto que los jóvenes no están listos todavía –no han *madurado* lo suficiente– para afrontar la vida, para *resistir la realidad tal cual es*. Las ilusiones actúan en ellos cual muletas para poder seguir recorriendo la larga senda de la vida de la cual han recorrido únicamente el principio. Muy distinto es el paso en el cual la *maduración* desemboca: viendo la realidad *tal cual es*, con sus imperfecciones y su notoria carencia de ideal, no perdemos la ilusión y tenemos *ideales que realizar, tenemos ilusiones: “proyectos de perfeccionamiento de las realidades aún imperfectas”*<sup>31</sup>. Subrayemos el *aún*. Una carencia la cual luchamos por subsanar –recordemos las palabras de Vargas Llosa, las cuales nos señalaban que esta era precisamente la función de las ficciones. En la juventud, nada merecía nuestra lucha, pues concebíamos las realidades ya *perfectas*, mas ahora, tras madurar, estas se nos presentan con *imperfecciones* las cuales trataremos de *subsanar* a lo largo de nuestras vidas. Y aún cuando ello no garantice el éxito no las abandonaremos jamás, pues son el elixir que alienta nuestra existencia. Ahora somos *realistas* en nuestro *engaño*. Quien deja de luchar por ellas dota a su vida de un conformismo que al final se tornará insoportable; al final, dejará de ser hombre, pues, como mencioné al principio de este capítulo, el hombre es el único ser que se engaña a sí mismo, que *tiene ilusiones*.

La verdadera superioridad del hombre se expresa en que puede ponerse derecho, *parado*, sobre sus dos pies y levantar sus dos manos del suelo hacia el cielo. Es que del hombre tiran hacia arriba, por decirlo así, *sus* ideales. He recalcado el “*sus*”, porque los ideales son algo característico del hombre, exclusivo de él –lo mismo que el hacerse ilusiones–. Ninguno de los seres inferiores al hombre se hace ilusiones ni tiene ideales, pero tampoco ninguno de los seres superiores al hombre<sup>32</sup>.

Las rocas no anhelan alcanzar cumbre alguna, los astros no desean lucir con mayor potencia, ni los animales sueñan con modificar el rumbo de sus vidas. Tampoco los ángeles tienen necesidad de *tener ilusiones* que modifiquen la realidad, pues contemplan a esta en su grado sumo y verdadero: Dios, *en persona*. El *ilusionarse* es exclusiva del hombre. Ni tan siquiera los demonios la poseen; y en ello estriba precisamente su condena: en *no poder ilusionarse*. ¿De qué peor manera pudieran condenarnos que arrebatándonos y privándonos de nuestros sueños e ilusiones? El hombre “es una cuerda tendida entre el animal y el superhombre”<sup>33</sup>; y por ello el único ser capaz de *ilusionarse*.

En nuestra tullida existencia, las ilusiones son nuestras *muletas*; un recurso ajeno a la vida que nos hace llevadera la vida misma, porque *de ilusión también se vive*. Y de estas, *no se puede prescindir*. No podemos *vivir* –literalmente– sin lenitivos.

<sup>31</sup> José GAOS, *op. cit.*, p. 290.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 291.

<sup>33</sup> Friedrich NIETZSCHE, *Also sprach Zarathustra*, Prólogo, § 4. Trad. de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza 1983, p. 36.

Los hay quizá de tres especies: distracciones poderosas que nos hacen parecer pequeña nuestra miseria; satisfacciones sustitutivas que la reducen; narcóticos que nos tornan insensibles a ella<sup>34</sup>.

Ellas son tres poderosísimas estrategias de *soporte*. Todas ellas cotidianas, de armónica convivencia<sup>35</sup>; empleadas por nosotros en *el día a día*. Muestra de ello es la primera de las expuestas; vivimos *como si...* No queremos ver la crudeza de nuestras vidas, preferimos volver la vista hacia otro lado. *Desviar la atención, entretenernos*.

— Sé que lo único que debemos hacer es cultivar nuestra huerta –terminó Cándido.

— Tenéis razón –murmuró Pangloss–; porque el hombre fue puesto en el Edén *ut operatur eum*, para que trabajase; lo cual prueba que el hombre no ha nacido para el descanso.

— Trabajar sin razonar –dijo Martín–, es la única manera de hacer la vida soportable<sup>36</sup>.

*Trabajemos sin razonar, sin pensar; sólo de este modo se nos hará la vida soportable*. Nos aterra el encuentro, en lo más hondo de nuestro interior, con *nosotros mismos*. En la medida de lo posible trataremos siempre de evitarlo. Trataremos de no adentrarnos en *lo que las cosas son, en lo que nosotros somos*, para no arrebatarles así su apacible tono edulcorado. Preferimos la felicidad de la *ignorancia* que la crudeza de la realidad; por ello recurrimos al *ocio* –sin derivar en *ociosidad*<sup>37</sup>–, a la *distracción*. “Hazle trabajar para que no se rebele<sup>38</sup>”<sup>39</sup>; nos aconseja el *Ecclesiásticus* en el trato con los esclavos. Hazle trabajar para que no se de cuenta de la realidad y *monte en cólera* ante tal desazón –*se rebele*; aconseja la vida en el trato con los humanos. “Otiositas inimica est animae”<sup>40</sup>, *la ociosidad es enemiga del alma*. Sin *distracción* alguna –sin nada que hacer– acabaremos llevados por la *acedía*<sup>41</sup>; la oscuridad de la *conciencia agónica*

<sup>34</sup> Sigmund FREUD, *op. cit.*, p. 3024.

<sup>35</sup> El mecanismo es triple: distracción, sustitución, insensibilización. Pudiera decirse que incluso, en ocasiones, progresivo; mas no necesariamente, puesto que hay quien práctica todos o sólo alguno de ellos.

<sup>36</sup> VOLTAIRE, *Cándide, ou l'optimisme*, XXX.

<sup>37</sup> Fuente de males.

<sup>38</sup> Me he permitido la licencia de traducir la frase *rescatando* la crueldad del original hebreo de la corrupción devota posterior cuando traducen: *Hazle trabajar para que no esté ocioso, que la ociosidad enseña muchos vicios* (28-29); dotando al dueño del esclavo de una voluntad de propiciación inexistente.

<sup>39</sup> Si. 33, 28.

<sup>40</sup> SANTI BENEDICTI, *Regula Monachorum*, XLVIII, 1.

<sup>41</sup> El vocablo castellano “*acedía*”, que en sentido figurado significa “*desabrimiento*” –palabra que, también en sentido figurado, sirve para indicar “*disgusto*” y “*desazón interior*”–, no traduce más que uno de los muchos componentes de uno de los vicios capitales descritos por los maestros del monacato antiguo. La *ἀκηδία* (en griego) o *acidia* (en latín) viene a ser una complicada mezcla de tristeza, disgusto, fastidio, pereza, somnolencia, angustia, inestabilidad, desánimo y todavía otros ingredientes por el estilo. Era uno de los enemigos más

acabará cernida sobre nosotros. “El silencio eterno de los espacios infinitos me aterra”<sup>42</sup>. Cuando el mundo calla –cuando deja de ser “apariciencia”, de ser como se *nos* muestra– es inevitable oírnos y el estruendo es insoportable. En la ociosidad es difícil lograr callar el silencio.

Otro lenitivo –cargado con su consecuente lógica reductiva–, y es el segundo, son *las satisfacciones sustitutivas*, aquellas que usurpan el puesto de *las satisfacciones vitales*. Ya no eres *especial*, confórmate con ser *especialista*. Aquello que no nos da la vida nos lo dará, con terquedad y algo de suerte, nuestro *empleo*, nuestra *distracción* –aquello que ahora llaman *terreno profesional*. La problemática deviene en la incompatibilidad de tales éxitos. El triunfo en el *terreno profesional* suele ir acompañado de un fracaso vital estrepitoso; mas si uno acepta gustoso la reducción de si mismo a *sujeto* de una *profesión*, sin duda ese deleite es una *satisfacción sustitutiva* que permite hacer llevadera la propia vida.

Los *narcóticos que nos tornan insensibles* ante la vida son el tercero de los soportes. Mas no entendamos narcóticos en un sentido meramente metafórico, entendamos el término en su sentido más amplio y generoso. El sujeto de las modernas sociedades es un sujeto *dopado* –literalmente–; sostenido en un perpetuo estado de narcosis, de *amodorramiento*, de embotamiento de la sensibilidad. *L'individu incertain*<sup>43</sup> del profesor de sociología en la Facultad de Medicina de la Sorbona, Alain Ehrenberg, se inscribe precisamente en esta perspectiva, abordando la caracterización del individuo contemporáneo a partir de las técnicas dominantes que utilizamos para *repararlo*: los narcóticos –*de la hermana Morfina a la señorita Prozac*– y los medios de comunicación –incapaces de ir más allá de la cosmética de la declaración pública y resignados a ser, en la mayoría de ocasiones, correa de transmisión de las “*fuentes oficiales*”–. A través del uso de estas *tecnologías del yo*, intencional o no pero sin duda abusivo, definimos el sujeto actual como un estado indefinido, vulnerable, necesitado de apoyo constante para equilibrar una bipolaridad inducida desde el exterior –trabajo, relaciones humanas– por la *sobre-exigencia* continua de actividad eficaz, empática y automotivada. Nunca se ha exigido más de nosotros y a su vez el individuo ha sido tan frágil –ha tenido una carencia tal de muletas. Jamás hemos sido tan *responsables* –por pura obligación– de nosotros mismos.

La vida es inseparable del fármaco, si nos privan de ellos estamos perdidos. Nuevos mecanismos, nuevas ilusiones *químicas*, de consumo... todo ello brota por pura necesidad tras haber perdido su eficacia tres clásicas muletas tales como la educación, la tradición y la religión. Nuestra *educación* –y sistema “*educativo*”– es decadente a más no poder, la *tradición* es mera costumbre

formidables del monje; y también –como hemos podido comprobar según lo expuesto– de todo hombre.

<sup>42</sup> Blaise PASCAL, *Pensées*, 201.

<sup>43</sup> Alain EHREBERG, *L'Individu incertain*, Paris, Hachette, 1996.

carente de valor y los hombres han suplantado el puesto de los dioses<sup>44</sup>, ya no necesitan *religión* alguna –excepto los que anhelan seguir viviendo en la ignorancia–.

Fuimos poderosos constructores de lenitivos –*educación, tradición, religión*–, y, sin embargo, nos vemos necesitados de las ilusiones por la *chapuza* comedita. No hemos sabido mentir; *ha resultado peor el remedio que la enfermedad* y ahora toca ponerse de nuevo manos a la obra para subsanar esa peor gestión y mayor sufrimiento que genera el *mal mentir*. Necesitamos esa capacidad del mentir cual *principio estimulante*, necesitamos *tener ilusiones*. La vida acaba convertida en un pleno sinsentido y todo por la falta de ilusión, pues –por el contrario de lo que se piensa– *de ilusión también se vive*, mas de ser un *iluso* no<sup>45</sup>.

Las cosas que vemos –dijo Pistorius con voz apagada– son las mismas cosas que llevamos en nosotros. No hay más realidad que la que tenemos dentro. Por eso la mayoría de los seres humanos vive tan irrealmente; porque cree que las imágenes exteriores son la realidad y no permiten a su propio mundo interior manifestarse. Se puede ser muy feliz así, desde luego. Pero cuando se conoce lo otro, ya no se puede elegir el camino de la mayoría. Sinclair, el camino de la mayoría es fácil, el nuestro difícil. Caminemos<sup>46</sup>.

<sup>44</sup> “[...] la tentación moderna es en el fondo del fondo el programa de *ser dioses*. En el fondo del fondo la humanidad está haciendo un supremo experimento: no el de ser *semejante* a los dioses, que no da para gran cosa, sino *ser* en el fondo dioses en persona”. Juan David GARCÍA BACCA, *Antropología filosófica contemporánea*, Barcelona, Anthropos, 1997, p. 25.

<sup>45</sup> Identifíquese la *ilusión* con el *tener ilusiones*, en el sentido en que Gaos nos lo refiere, y al *iluso* con el joven, todavía inmaduro, que se *hace ilusiones*.

<sup>46</sup> Hermann HESSE, *Demian*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 140-141.